

"No somos travestis ni quilomberos, sólo queremos vivir dignamente", dicen

Cómo ser pobre, gay y no morir en el intento

Son 15 homosexuales que viven en comunidad en un caserón de San Telmo. Desalojados violentamente de un asentamiento próximo a la Facultad de Arquitectura, permanecieron un mes a la intemperie. Los vecinos no se quejan



"Esto, ahora, es el Paraíso", dice Pedro Rodríguez, parado en medio de una habitación de techo lúgubre y descascarado. Las paredes despintadas y roídas por la humedad parecen caérsele encima. Es uno del grupo de 15 gays quien, luego del desalojo sufrido hace más de 30 días de los predios de la Facultad de Arquitectura, pasó un mes a la intemperie, bajo un puente de la avenida Lugones. Por eso alude, entre irónico y agradecido, a la precaria protección que ahora lo contiene. El y su gente alquilan una vieja y maltratada casona de San Telmo, un barrio porteño que a su pasado de bohemia y nocturnidad hoy suma el desam-

paro de inmigrantes ilegales y una delincuencia cotidiana e incontrolable. El grupo formó parte del asentamiento La Aldea, en el que convivían dos centenares de gays y heterosexuales, pero ahora constituye una pequeña comunidad. Sus integrantes se reparten en las siete habitaciones del caserón, se alimentan de la comida común y dividen las tareas de mantenimiento. "Antes no era así -dice Víctor Hugo-, en La Aldea cada uno tenía su casilla y hacía su propia vida. Armonizábamos o discutíamos como la gente de cualquier barrio". "Cuando nos fuimos a la autopista -relata Pedro, el líder evidente de la comunidad- tuvimos que deponer dife-

rencias y enfrentar juntos los problemas, la falta de vivienda, el frío, la lluvia y arreglarnos bajo el puente". César Cigliutti, presidente de la CHA (Comunidad Homosexual Argentina), asesora al grupo. Explica que la entidad realizará una presentación judicial, probablemente contra la Universidad de Buenos Aires, por "daños y pérdidas" sufridas en el barrio dentro de la Ciudad Universitaria donde estaban asentados: "Luego de que ellos se vieran forzados a abandonar el lugar -explica-, sufrieron el incendio de sus casillas y la desaparición de sus enseres domésticos. Presumimos que eso se hizo con la intención de que no tuvieran dónde ni para qué volver. Esos

daños constituyen delito". Cigliutti fue uno de los integrantes de la CHA que más se movilizó para que el grupo consiguiera su actual vivienda: "La municipalidad no movió un dedo -precisa-, excepto pagar el depósito inicial del alquiler". A los restantes y dispersados miembros de La Aldea les pagó pasajes para que volvieran a sus países de origen o les abona, por un tiempo limitado, el costo de una pensión.

VECINOS FELICES

Los 15 gays se relacionan con su nuevo barrio desde una actitud de extrema prudencia. Víctor Hugo afirma que "no tenemos problemas con la gente, porque hacemos la nuestra y no molestamos ni nos molestan. El Nuevo Código de Convivencia no nos alcanza porque ninguno de nosotros se dedica a la prostitución ni provoca escándalos". Los vecinos confirman esas palabras. El dueño del viejo inmueble refiere: "No sé por qué algunos periodistas vinieron y tergiversaron las cosas. Esta gente no hace lío, es tranquila y actúa normalmente, como cualquier vecino". El propietario de un kiosco lindero a la casona revela alguna inquietud inicial: "Cuando llegaron hubo algún revuelo porque no sabíamos qué clase

de personas eran. Después todo se serenó; no molestan y no se los ve. Ni siquiera compran cigarrillos. Acá los problemas no vienen de gente como ésta; lo que nos tiene perturbados son los choreos a plena luz del día. En la farmacia de la esquina (Estados Unidos y Piedras) asaltaron tres veces", afirma mientras reposa su mirada sobre un inamistoso ovejero alemán que custodia su pequeño comercio. Otros vecinos señalan como guarida de malvivientes una pensión de la calle Piedras y varias casas tomadas, donde residen -afirman- marginales e indocumentados. La llegada del grupo gay, al principio, alteró aún más la inestable vida del barrio, pero la conducta de sus integrantes pronto dispuso las desconfianzas. Los nuevos vecinos, por su parte, reflejan sus propias sensaciones después de las amarguras sufridas. Alexis, un provinciano de ancha sonrisa, sintetiza el sentir de sus compañeros: "Nosotros no somos ni travestis ni quilomberos, como se publicó por ahí. Somos gays y queremos vivir tranquila y dignamente. Acá estamos contentos y queremos agradecer a la CHA y a la municipalidad, que nos permitieron conseguir esto".

Texto: Ernesto Adelson
Fotos: Laura Domínguez



Convivencia Los ocupantes del caserón se reparten las habitaciones, las tareas de mantenimiento y se alimentan de la comida común.

